

## TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Carlos Horacio Urán Rojas

(Angelópolis/Antioquia, 1942 – Bogotá, 1985)



Carlos Horacio nació en Angelópolis, un pueblo minero de Colombia, cercano a Medellín, el 7 de mayo de 1942, hijo de una familia antioqueña tradicional que por causa de la violencia debió refugiarse en Caldas, Antioquia y luego en Medellín. Allí fue al Liceo de la Universidad de Antioquia donde se graduó con honores y merecedor del premio de la gobernación de Antioquia por una biografía sobre Bolívar. En ella no sólo se percibe su talento, sino su interés en el pasado para entender la realidad que le tocaba vivir.

Inició sus estudios universitarios en la Facultad de Derecho de la Universidad de Antioquia y se vinculó al movimiento de Acción Católica Universitaria, Equipos Universitarios de Colombia, parte del Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos MIEC Pax Romana- Rápidamente destacó su liderazgo en el movimiento estudiantil y en Equipos. Por eso, en 1963 fue invitado por el Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos (MIEC) Pax Romana a participar en un curso de seis meses para dirigentes estudiantiles, en Suecia. Luego se quedó en Europa otros seis meses. Trabajó en Alemania en la construcción de carreteras para solventar sus gastos y poder visitar movimientos estudiantiles de Pax Romana y organizaciones políticas en varios países y el viaje terminó con una visita al movimiento de Pax Romana en los Estados Unidos. A su regreso sabía que debería liderar al movimiento de estudiantes católicos y escribió en su diario de viaje: *“Mi línea para el movimiento será que deje de formar gente espiritualista que al dejar el*

*movimiento va a volver a ser tan individualista como antes, y más bien, haga a todo el mundo comprometerse con las estructuras”.*

Al regresar de su viaje continuó sus estudios de Derecho, fue elegido presidente nacional de Equipos Universitarios y luego de la Unión Nacional de Estudiantes. En 1965, con Jairo Vasco reciben en Medellín y organizan la presentación de la Plataforma para la Unidad del Pueblo a cargo del padre Camilo Torres Restrepo, quien además era asesor eclesiástico de Equipos Universitarios en Bogotá. Comienza un periodo de críticas a la Democracia Cristiana y la Juventud Católica (universitaria, obrera y campesina) se distancia de ella y busca crear organizaciones políticas más radicales en todo el continente, en particular en Chile, Uruguay y Brasil dando nacimiento a los movimientos de Acción Popular con inspiración marxista y revolucionaria.

En 1966 dirigió una huelga universitaria junto a miembros del partido comunista, siendo esta una de las primeras acciones de cristianos y marxistas. La huelga tenía como fundamento la oposición a una reforma propuesta por el gobierno de Lleras Restrepo que pretendía imponer en las universidades públicas el sistema universitario copiado de Estados Unidos. Es decir, créditos por asignaturas, programas carentes de ciencias sociales y humanas, y el pago de todos los gastos universitarios una vez los estudiantes concluyeran los estudios. La huelga fue fuertemente reprimida, pero podemos decir que a la larga fue exitosa porque la reforma no pasó. Pero si fue muy costosa para Carlos Horacio que además de estar detenido, y como no aceptó delatar a los compañeros comunistas y co-dirigentes de la huelga, se le impuso una sanción muy fuerte, ya que a pesar de estar en el último año de Derecho, no se le permitió terminar sus estudios en Colombia. El Secretariado Latinoamericano de Estudiantes Católicos, (MIEC –JECI) con sede en Montevideo, lo convocó para ser miembro de este a finales de 1966, y estando en Montevideo terminó sus estudios de Derecho en la Universidad de la República, UDELAR.

Esos fueron quizás los años más felices porque profundamente compenetrado del mensaje cristiano y sustentado en las orientaciones del Concilio Vaticano II pudo desplegar toda su enorme capacidad intelectual y de liderazgo a nivel continental. En 1967 llegó a Montevideo para hacer parte del Secretariado Latinoamericano de dos movimientos católicos de estudiantes que se fusionaron: el MIEC, al cual él había estado vinculado, y la Juventud Estudiantil Católica Internacional. Desde 1967 hasta 1970 hizo parte del Secretariado Latinoamericano - SLA MIEC - JECI. Desde el secretariado se coordinaba y animaba la experiencia de movimientos nacionales en todos los países de América Latina y el Caribe.

La base del movimiento lo constituían pequeñas comunidades de jóvenes cristianos, por facultades o lugar de trabajo, que se reunían semanalmente a reflexionar sobre sus actividades. Usaban un método llamado Revisión de Vida que empezaba por elegir algún hecho de la vida diaria, sobre todo con dimensión social en el cual estuvieran todos o algunos de los miembros involucrados. Analizaban el hecho con todas las herramientas que les daban las ciencias sociales para poder entenderlo en todas sus dimensiones. Luego hacían un esfuerzo por interpretarlo a la luz de la Biblia y de la Doctrina Social lo cual implicaba un proceso pedagógico de conversión, ya que la práctica era examinada constantemente y entrenados a vivir la vida con sentido trascendente ya que terminaban definiendo como se debía actuar en consecuencia. Esto les

ayudaba a que su experiencia religiosa no estuviera separada de la vida cotidiana y llevaba a que los miembros se comprometieran en actividades que promovían una mayor conciencia ciudadana como los de adelantar programas de alfabetización, producir e influir en diversas maneras de comunicación, en la vida académica y movimientos sociales y políticos. Este fue el modelo de las Comunidades de Base y cuna de la Teología de la Liberación. La actividad social y eclesial junto con el estudio y la reflexión era tan fuerte que muchos la han considerado como una verdadera universidad paralela.

El secretariado tenía un excelente centro de documentación y Carlos Horacio participó en la creación del Servicio de Documentación que era enviado a todos los militantes para su información y formación sobre la realidad de los movimientos, la Iglesia, la realidad social y política y la formación teológica. Tradujo a varios de los teólogos latinoamericanos de la época, en especial al brasileño Hugo Assman. Preparó muchas reuniones y editó los primeros trabajos de teólogos como Gustavo Gutiérrez, Juan Luis Segundo, Lucio Gera entre otros, que eran los sacerdotes que acompañaban a los movimientos nacionales.

Como miembro del secretariado, Carlos Horacio debía estar atento tanto a la realidad política latinoamericana, en particular la estudiantil, como a la eclesial, que por entonces era supremamente interesante. También debía organizar y dirigir reuniones internacionales y seminarios de estudios regionales y visitar a los movimientos de todo el continente. Al mismo tiempo, producir documentos y escritos y la edición de materiales y estudios sociales, políticos y teológicos.

Es significativo lo que escribió en uno de los documentos que publicaban en el SLA- MIEC- JECI. Analizando la reunión, realizada en Buga, febrero de 1967, por el Departamento de Educación del CELAM “Los cristianos en la universidad”, previa a la II Conferencia Episcopal Latinoamericana realizada en Medellín, avizora el nacimiento de la Teología de la Liberación. *“Pero agreguemos que no fue un nuevo Córdoba para las universidades estatales que hacía un buen tiempo venían asumiendo lo que Buga decía”,* Lo que si consideraba que era novedoso era que fue *“la primera vez en la historia de la Iglesia de América Latina a nivel de 20 obispos y de un laicado de élite representativa, se hablaba abiertamente de **liberación** y se reclamaba en esa coyuntura , **una educación liberadora** que fuera integrándose en el movimiento ascensional de las clases populares y asumiendo como tarea principal su liberación dentro de un proyecto nacional renovado”.*

*“Pero lo más importante de todo es que aun cuando esta reunión centró su análisis en la situación universitaria, se nota desde allí una apertura decisiva hacia la integración en la vida de nuestros pueblos, reconociendo que el entender así la realidad “deja traslucir un conjunto de problemas teológicos relacionados especialmente con una concepción de la iglesia y de sus vinculaciones con el mundo, anticipándose así a la renovación teológica que la situación política exige a la iglesia latinoamericana después de Medellín. **“Al contrario de lo que ocurría cuando la renovación de la teología venía desde sí misma casi que como especulación o de la vida de la***

***Iglesia constituida en ghetto, hoy es la misma realidad la que está obligando a jalonar la teología, porque la Iglesia se ha encarnado.”<sup>1</sup>***

Este documento escrito en 1969 intuía la significación e importancia de una teología- que como dice el propio Gustavo Gutiérrez en 1971, en su primera frase de introducción de su libro *“Teología de la Liberación”*- fuera: ***“una reflexión, a partir del Evangelio y de las experiencias de hombres y mujeres comprometidos con el proceso de Liberación, en este subcontinente de opresión y despojo”***.

Justamente porque la iglesia, que constituía el movimiento de la juventud universitaria y estudiantil católica organizada por el SLA MIEC- JECI estaba encarnada, sufrió junto con millares de latinoamericanos y caribeños, la persecución, el oprobio, el exilio, la tortura y aún la muerte.

Con la distancia histórica podemos ver que ese compromiso profundo que se despertó en la juventud cristiana no hubiera tenido los trágicos resultados que tuvo si no hubiese coincidido con el proceso de radicalización producido en el conflicto internacional de la guerra fría y el impacto que tuvo en cada una de las naciones.

Uruguay vivía los últimos años de su dorada Democracia y Montevideo era un centro intelectual y de vida artística muy particular donde se habían refugiado políticos, pero sobre todo muchísimos académicos, intelectuales y artistas brasileños y argentinos y las editoriales publicaban materiales que no era posible en otros países y las publicaciones uruguayas se difundían por todo el continente. Incluidos los materiales del Secretariado de los estudiantes católicos al cual pertenecía Carlos Horacio, como eran el *Servicio de Documentación* y la *Revista Víspera*. Carlos Horacio fue secretario de Redacción de *Víspera*, que tuvo mucha influencia en el catolicismo progresista latinoamericano. Intelectuales de todo el continente, pero también de Europa y Estados Unidos escribían en *Víspera* y cuando pasaban por Montevideo, Carlos Horacio los entrevistaba, y con muchos de ellos mantuvo siempre una gran amistad.

Fue en esa época que lo conocí en Parroquia Universitaria, sede de los movimientos de MIEC- JECI, en Montevideo. Yo acababa de llegar a Montevideo para empezar clases el primer lunes de marzo de 1968. Jean Paul Bidegain, cura obrero, vino a buscarme el domingo, antes de clase, para ir a la Misa a Parroquia Universitaria. Al final de misa Jean Paul preguntó: ¿quién es de Derecho? y el primero en aparecer fue Carlos Horacio y luego de un rato de charla se ofreció a acompañarme de regreso a casa. Como yo había sido dirigente estudiantil en secundaria, me propuso que viera si se podía organizar una comunidad entre mis nuevos/as compañeros universitarios. Lo que logré en poco tiempo y él nos enseñó y acompañó a hacer revisión de vida, la metodología del Movimiento.

Luego de dos años de noviazgo nos casamos en Uruguay en 1971 y decidimos instalarnos en Medellín. Allí nació Anahí en 1972 y en 1974 viajamos a Europa para continuar nuestros estudios,

---

<sup>1</sup> Carlos H. Uran “La Iglesia de Medellín y el movimiento estudiantil de América Latina” SPES Año 1 Nos 6-7 Abril mayo 1970. P8

y donde nació Helena en 1975. A nuestro regreso en 1979 nos instalamos en Bogotá dónde nacieron Mairée y Xiomara. Aunque para entonces no era tan común, como afortunadamente si lo es hoy, fue un papá muy presente en la vida cotidiana de la familia. Asistió al nacimiento de las cuatro y fue quien las recibió. Cambiaba pañales y les daba el biberón cuando regresaba de su trabajo. Como era alegre, jugaba mucho con ellas y les cantaba y desde muy chiquitas les enseñó a bailar. Desde el noviazgo compartíamos mucho nuestros intereses intelectuales, políticos y religiosos. *Un solo Señor, una sola esperanza*, era como el “lema” de nuestra relación que inscribimos en nuestros anillos de compromiso matrimonial.

La integración a la vida de la iglesia y a la política en Colombia no le fue fácil porque para entonces había pocos espacios eclesiales o políticos y reinaba una fuerte represión. Rápidamente fue consciente del cambio de rumbo de la iglesia, tanto latinoamericana y universal, en contravía de lo que había sido nuestra comprensión y recepción del Concilio Vaticano II y le preocupaba inmensamente el debilitamiento de los movimientos juveniles a los cuales habíamos pertenecidos y no veía espacios de formación religiosa para los jóvenes de las escuelas y universidades públicas y que los religiosos no formaban en el espíritu renovador del Concilio Vaticano II y de Medellín. Aunque los domingos no faltaba a misa y nos acompañaba a todas, le dolía que las parroquias tampoco ofrecieran un espacio para formar y profundizar en la fe y vida espiritual.

A nuestro regreso de Europa, Carlos Horacio trabajaba en el Consejo de Estado en Bogotá, seguía preparando su tesis de doctorado y daba clases en la Universidad Javeriana. En 1983, publicó su primer libro el cual fue muy comentado y discutido. *“Rojas y la manipulación del poder”*. En el primer semestre de 1985 fuimos invitados a la Universidad de Notre Dame en Indiana, Estados Unidos. Durante nuestra estancia en Notre Dame siguió trabajando su tesis, hizo investigación en los Archivos Nacionales en Washington y escribió un documento sobre Colombia en la guerra de Corea, publicado por el Kellogg Institute. En el Consejo de Estado trabajó como magistrado auxiliar más o menos cinco años hasta su muerte en noviembre de 1985.

Su deseo era que en Colombia se conformara un gran frente como el Partido de los Trabajadores de Brasil o el Frente Amplio de Uruguay para que se estableciera un proyecto de estado social de derecho donde los derechos de los que siempre han sido excluidos fueran reconocidos, considerados y respetados. Al tomar el poder Belisario Betancourt tuvo esperanza con su propuesta de paz, pero sabía que tenía muchos enemigos y que había que apoyarla desde otros espacios. Por eso creía que había que lograr conformar un fuerte movimiento social por la paz constituido por movimientos regionales y locales incluidos los grupos cristianos.

Desde la pequeña comunidad a la que pertenecíamos y que se reunía en la casa de los movimientos de MIEC-JECI- llamada Centro Valencia Cano hicimos un esfuerzo por convocar a todos los cristianos y escribió un llamamiento que fue difundido incluso por los medios. Aunque no tuvo la recepción esperada, creo que todavía es muy vigente y un legado para la comunidad eclesial colombiana y en particular para la juventud.

*“Hacemos un llamamiento a todos los cristianos que motivados por la fe y superando diferencias ideológicas, políticas y de intereses particulares estemos activamente presentes en esta hora de diálogo, y nos comprometamos, con gestos y acciones concretas, en su real y eficaz realización. Diálogo que debe abrir formas de participación y organización que permitan hacer oír la voz de sectores del pueblo tradicionalmente marginados y constituya alternativa eficaz para dirimir los conflictos que tiene toda la sociedad. Como cristianos no podemos eludir esta responsabilidad porque la paz es expresión de la fraternidad aportada por Cristo al reconciliar a todos los hombres con Dios y porque sabemos que las injusticias, las desigualdades y las violencias son un rechazo al don de la paz del Señor. Más aún un rechazo al Señor mismo”.* Carlos Horacio Urán Rojas  
Llamamiento a los cristianos por la Paz, Centro Valencia Cano, Bogotá, 1984.

Este fue Carlos Horacio, un cristiano sin ambages.



[www.kaired.org.co](http://www.kaired.org.co)

**Ana María Bidegain de Urán**  
Investigadora social e historiadora  
e-mail: [president@icmica-miic.org](mailto:president@icmica-miic.org)